

CASI UN RÉQUIEM

¿Lo han observado ustedes?: si no le ponemos un nombre y una cara, un muerto casi no nos parece un muerto. Se lee en uno de los Evangelios: «La muerte llegará como un ladrón, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensemos». Pero ¿qué es la muerte? Porque sigue siendo la aventura más definitiva e importante de la criatura humana. Es el gran enigma, El Gran Interrogante. Nacemos para morir. Vivir no es, a la hora de la verdad, sino ir pavimentando el camino hacia el más allá.

Tema difícil, sí. Incómodo. Tremendo. Quisiera uno apartarlo de un manotazo y pensar en otra cosa. Pero a veces no es posible. Porque la muerte está ahí, como un rocoso Himalaya que no podemos olvidar. Y si realmente existe un tema que constituye una auténtica piedra de toque para nuestra espiritualidad, si en algo se distinguen esencialmente el hombre que piensa que la Creación fue obra del azar y el hombre que piensa que la Creación es un acto de amor..., este tema y esta diferenciación se llaman la Muerte. Hay un puente que une la Vida y la Muerte; y a ese puente, en el mundo sin mapas del espíritu, le llamamos Fe.

¿Cuándo morimos? ¿Cuándo se puede decir que alguien está real y verdaderamente muerto? Se fueron ya los viejos tiempos en los que se hacía la prueba del aliento ante el espejo o se dejaban caer tres goterones de cera ardiente sobre la piel. A la mente me viene que en mi juventud, allá por el año 1973, se celebró en Viena un interesante simposio científico: el «Congreso Internacional sobre la Fijación Exacta del Momento de la Muerte Humana». Si no recuerdo mal sus conclusiones, para decretar la muerte clínica deben coincidir varios factores: paro de circulación sanguínea durante diez minutos; inmovilidad de las pupilas durante cuarenta minutos; encefalograma sin reacción durante seis horas. Creo que puede decirse que, teóricamente cabe fijar el momento exacto de la muerte cuando la "muerte cerebral" es "indudable e irreversible".

Pero me interesa más el otro interrogante, el verdadero interrogante: ¿qué significa la muerte dentro de la identidad, del destino de la criatura humana? Decía Séneca que NO está demostrado que la muerte sea un mal. Claro que no. Yo creo que la muerte no es una puerta que se cierra, sino una puerta que se abre. Creo sinceramente, totalmente, que la muerte es el nacimiento a una vida más noble y auténtica, más espiritual y depurada.

Por aquellas fechas a las que hago referencia, a las de mi juventud, los periódicos de medio mundo publicaron una de las noticias más hermosas e importantes que jamás he leído, y confieso que leo mucho. Según la doctora Ross, nacida en Suiza y especialista en problemas de la vejez que ejercía en Tucson, Arizona (EE.UU.), la muerte da un «sentimiento de paz y plenitud». Observen la palabra: plenitud. Es lo que han asegurado centenares de pacientes «que habían sido declarados clínicamente muertos y que fueron vueltos a la vida mediante recursos utilizados únicamente en los últimos tiempos». Añadía la doctora Ross: «Esos pacientes han podido describir con detalles su experiencia y cómo flotaron como si estuviesen fuera de sus cuerpos, con un sentimiento de paz y plenitud y una sensación tremenda de resistir a todos los intentos de volver a la vida, puesto que se encontraban perfectamente bien. El principal común denominador de toda esa gente es que cuando fueron revividos, la mayor parte de ellos sintieron cierto rencor contra nosotros por los esfuerzos hechos para volverles a la vida. Ninguno de ellos volvió a experimentar temor alguno por morir de nuevo».

Impresionantes y consoladoras palabras. Bella es la vida, el gran don que Dios nos ha dado y que todos los seres humanos tenemos el deber de cuidar, honrar, prolongar... Con todas sus miserias y todas sus tristezas, bella es la vida, sí. Pero no hay por qué temer a la muerte. Si de verdad creemos en Dios, si de verdad creemos en Nuestro Padre que está en los cielos, entonces bien podemos llamar a la Muerte de otro modo: Esperanza.

Los organizadores de este Encuentro Intergeneracional sobre «La Educación y la Preparación para la Muerte, la Pérdida y el Duelo», en el tríptico divulgativo, nos brindan un hermoso verso de Antonio Machado, cual es:

*“La muerte es algo que no debemos temer porque,
mientras somos, la muerte no es
y cuando la muerte es, nosotros no somos».*

En una breve autobiografía que nos legó el gran poeta sevillano, dejó escritas algunas claves personales que dibujan mejor que ningún estudio crítico su perfil humano: «*En el fondo soy creyente en una realidad espiritual opuesta al mundo sensible*».

Si Antonio Machado representa «un modo de ser», José Ortega y Gasset «un modo de pensar» y Miguel de Unamuno «un modo de sentir», no nos extraña que el último mencionado, el insigne escritor y filósofo bilbaíno, acuñara en uno de sus versos:

*“Méteme, Padre Eterno, en tu pecho,
misterioso hogar.
Dormiré allí, pues vengo desecho
del duro bregar».*

Y yo, que he escrito varios libros, pero nunca poesía, pues no me ha tentado seriamente, sin habérmelo propuesto, y una vez motivado por Antonio Machado y Miguel de Unamuno, sabedor que ese “arrebataamiento” será un evento bienvenido, y no un tiempo de gran tribulación, me atrevo a incluir en este texto un pequeño fragmento que titulo, como Calderón de la Barca, «El Gran Teatro del Mundo».

*Estamos en escena.
Un día haremos mutis,
con alivio o con pena,
y otros ocuparán
nuestro lugar. Harán
su papel, se irán
como nosotros nos fuimos
y otros les sucederán.
Y todo será lo mismo.*

José Luis Robertson Mendizabal